

descontento frente a las presiones marroquíes y francesas han querido hacer sobre ellos para que se integrasen en el Gran Maghreb, pieza clave de la nueva «política mediterránea» de Georges Pompidou. Tres declaraciones hechas sucesivamente por tres dirigentes franceses, según las cuales «Libia forma parte del Maghreb», han sido tomadas por el gobierno libio como una intromisión especialmente intolerable, ya que desde la revolución de 1969 apenas comienza a emanciparse de la tutela extranjera.

Al sentir este «mal humor» libio, Georges Pompidou ha rectificado el tiro. Con énfasis gaullista ha afir-

mado públicamente: «Libia es y seguirá siendo Libia», dando a entender a los miembros del Consejo de la revolución que en absoluto él pretendía marcarles una conducta en los campos político y diplomático. El presidente parece haber conseguido arreglar las cosas al menos por el momento, pero si los vínculos que existen entre París y Trípoli no se han roto todavía, no quiere ello decir que tengan una solidez a toda prueba. Respecto al contrato de los «Mirage» sería erróneo decir que ya no hay nada que hacer; pero cabe pensar que aún la suerte no está decidida.

LAS SIRENAS DE RIO

Al mismo tiempo que los cinco prisioneros políticos liberados por el Gobierno brasileño confirmaban en Méjico la utilización sistemática de las torturas más espantosas en las cárceles brasileñas, el ministro del Interior francés prohibía la difusión del libro «Para la liberación del Brasil», recopilación de textos políticos del dirigente revolucionario Carlos Marighela (asesinado por la policía en Sao Paulo el pasado mes de noviembre), traducidos y presentados por Conrad Dretz. «Editions du Seuil» han protestado contra esta decisión de censura no motivada (una ley de antes de la guerra autoriza al ministro del Interior a prohibir, sin dar explicaciones, la publicación de cualquier autor extranjero), pero las razones del Gobierno son claras: no quiere comprometer el juego económico que lleva en Brasil.

El pasado mes de noviembre, se trasladó al Brasil una misión industrial francesa compuesta por

veintiséis personas. A su regreso, hizo público un entusiasta informe sobre el «carácter espectacular de la recuperación económica del Brasil desde el establecimiento del nuevo régimen» y sobre la posibilidad de efectuar, en este país, inversiones tan lucrativas como las de los americanos. Pero para ello, naturalmente, hace falta el consentimiento del Gobierno de Brasilia, que pone una condición política: la de que se termine con todas las actividades, en Francia, de los exiliados brasileños que se dedican a denunciar las torturas de la policía y apoyar la resistencia interna. La prohibición del libro de Marighela no es sino la primera medida destinada a aplacar a los brasileños. Otra medida propuesta es la expulsión de Francia de los exiliados más activos. De la lista se encargaría el propio jefe de la policía política de Sao Paulo, Sergio Paranhos Fluery, a quien se espera próximamente en París.



LUCHA ARQUITECTONICA EN OSAXA

La Expo 70 de Osaka es un muestrario de la más moderna arquitectura del mundo. La tendencia triunfalista de las torres a clavarse en el cielo forma la parte competitiva de este conjunto de pabellones nacionales. Los japoneses han entrado en esta lucha por la modernidad acudiendo a la tradición: sus torres son una pagoda clásica, pero de ochenta y seis metros de altura, elevada por cincuenta y dos firmas de constructores de equipo electrónico.

Crónicas de la Era Lunar

BALADA POR DOS CONTESTATARIOS

Por PABLO DE LA HIGUERA

El marqués y la marquesa han muerto. El marqués se llamaba Anatole Cauvet de Blanchonval; la marquesa, Catalina. Eran muy viejecitos. Eran tan viejos, tan viejos, que se habían muerto mucho antes de morirse.

Hace años —¿cuántos?— se habían enterrado en vida en un viejo caserón de un elegante barrio de París. El caserón tenía tres pisos, pero los viejecitos vivían —¿vivían?— en la planta baja, pues no podían subir las escaleras para llegar a los pisos de arriba. No tenían radio, ni televisión, ni recibían periódicos. No tenían amigos. El reloj de la sala se había parado en una hora indefinible, no se sabe si de la mañana o de la noche, no se sabe de qué día, de qué mes y de qué año...

Una vez al día, cuando se les ocurriera, al buen tuntún, a las diez de la mañana o a las cinco de la tarde, salían a tomarse una sopita al restaurante de la esquina. El portero los llevaba en coche y los devolvía después a su entierro. Fuera, en la calle, transcurría el tiempo. Pero dentro, en la sala, las agujas del reloj seguían tenazmente inmóviles, suspendidas de aquella hora extraña, no se sabe si de la mañana o de la noche, no se sabe de qué día, de qué mes y de qué año...

Un día no bajaron a tomarse su plato de sopa. El portero entró en la casa y los encontró muy quietos, tan quietos como las agujas prisioneras del indecible ayer. El portero sonrió con ternura. No había más que prolongar la ceremonia del entierro...

Eran los dos contestatarios más grandes de la sociedad de consumo. Todo lo que le exigían era un plato de sopa, y ahí se acabaron las concesiones. No como otros, que son contestatarios con descapotable. Ellos ni descapotable, ni sol, ni noticias del mundo, ni nada. Por no contestar no contestaban ni la propia contestación. Habían vivido su tiempo, su marquesado activo en las noches de Tabarin y amaneceres de niebla en el Bosque de Bolonia con pistoletazo breve por un quiteme allá esa cortesana. Ahora, solicitados por lo de Nanterre, la revuelta de los comerciantes, las protestas de los campesinos, el salón del automóvil, los contratos de progreso, el cohete "Diamante" y el sempiterno asunto de los judíos, se han cerrado en banda y han dicho francamente que no, que hasta ahí podían llegar las bromas. Y un día —¿de qué mes?, ¿de qué año?— no le dieron cuerda al reloj de la sala...

Sigan descansando en paz.

Italia

UNA «COMEDIA DELL'ARTE» POLITICA

El Papa no quiere oír hablar de divorcio. Y la clase política italiana tiene miedo a las elecciones.

La curia estaba dividida, pero el Papa ha hecho caso omiso de todas las objeciones para imponer su voluntad: no admitía que el parlamento italiano pudiese autorizar, aunque fuese con un sinnúmero de restricciones, el divorcio que el tratado de Letrán (firmado en 1929 con el gobierno de Mussolini) prohibía formalmente. Por eso, a principios de febrero, y pesar de las energías reservadas expresadas por su se-

cretario de Estado, el cardenal francés Villot, dirigió una nota diplomática a Mariano Rumor, primer ministro demócrata-cristiano del gobierno de Roma. Rumor, que había entablado ya conversaciones con socialistas, social-demócratas y republicanos con vistas a la reconstitución del centro-izquierda, guardó silencio con respecto a esta nota. Sabía que su efecto sería desastroso.